de esos preciosos tesoros? En manera alguna; puesto que Dios ocupaba entera mente su alma y corazón. Ahora bien ¿podría este Señor rehusar el perdón de sus pecados y la participación del mérito de los Santos a un alma que no vivía sino del amor de Dios, que no se regía sino por su espíritu, ni tenía otra mira que la de glorificarle siempre y en todo?

Procuremos pues alcanzar lo mas perfectamente que podamos esa intención pura, esa mirada sencilla a Dios, ese cuidado exquisito de procurar su mayor gloria en todas nuestras acciones; de manera que no pensemos, ni obremos, ni suframos más que por El; con lo cual, a la vez que nos iremos purificando más y más de nuestras faltas y pecados, adquiriremos todas las virtudes y obtendremos todas las gracias que necesitemos para adelantar más y más de día en día por el camino de la perfección, acrecentando de continuo nuestros merecimientos para la gloria.

XXXII

Sobre el pensamiento de la muerte

El pensamiento la muerte es sin duda terrible para aquellos que viven en pecado; por lo cual no es de extrañar que procuren apartar de si su recuerdo. ¡Triste estratagema! Se parecen a aquel que andando por el borde de un precipicio cerrase los ojos para no ver el peligro.

Es también aterrador el pensamiento de la muerte para aquellos que viven casi del todo olvidados de los intereses de su alma; que sirven a Dios con suma negligencia y viven sepultados en la mas lamentable tibieza, indiferentes para las cosas del cielo y sólo atentos a los bienes de la tierra, y a lo que sirve de pábulo a su sensualidad y amor propio. En general es angustioso para todos los que no están completamente desprendidos de todas las cosas de acá abajo, sino que tienen pegado a ellas su corazón.

Pero este pensamiento es dulce y consolador para las almas interiores que se han entregado a Dios con toda sinceridad, y que, únicamente ocupadas en su servicio, dan de mano a todo lo que puede desviarlas del sendero de la perfección cristiana y del exacto cumplimiento de su deber.

Los primeros miran la muerte como el fin de sus placeres y el principio de una desgracia que no terminará jamás; y es natural que semejante consideración les turbe y desespere.

Los segundos consideran la muerte a través de su vida floja y descuidada en el divino servicio, y aterrados con el pensamiento de la terrible cuenta que tendrán que dar a Dios, ven en ella un instante tremendo que debe decidir de su eternidad: y la incertidumbre en que se hallan acerca de la suerte que les espera, no puede menos de consternarles; porque, de una parte no tienen bastante confianza en Dios, y de otra su conciencia les echa en cara las innumerables faltas y pecados que han cometido, el abuso que han hecho de la gracia divina y la esterilidad de todas sus obras, buenas sólo en apariencia. Pero los terceros, que del todo se han dedicado al servicio de Dios, lo esperan todo de su infinita bondad y consideran a la muerte como a su mejor amiga. Como temen el pecado más que a mismo infierno, miran con ojos serenos la muerte, considerándola como el momento feliz que fijará para siempre su voluntad en el bien, que les librará de tentaciones y miserias y les pondrá eternamente en posesión de la suma bondad, de la suma belleza, de la suma verdad y de la felicidad infinita. El amor de Dios, que constituye su principal y casi su único ejercicio, no les deja ver, en el tránsito de la presente vida, más que un dichoso trueque que les asegurará para siempre la posesión de Dios y la dicha inenarrable de amarle eternamente. No quiere esto decir que tengan certeza infalible de su salvación, sino que, apoyados en el testimonio de su buena conciencia y en los méritos infinitos de Jesucristo nuestro Señor, alientan una confianza inquebrantable de que Dios, en su infinita misericordia, les concederá la gloria como recompensa de sus servicios y buenas obras. La vista de los pecados de su vida pasada no les infunde espanto ni zozobra, porque los han detestado sinceramente y han procurado dar por ellos la debida satisfacción a la divina

justicia, según la medida de sus fuerzas; y saben además que la misericordia de Dios es infinita. Piensan que Jesucristo ha de ser su juez y se dicen a sí mismos: ¿por qué he de temer yo a quien me ha hecho tantas gracias, a aquel que me ha dispensado tantas mercedes, a aquel que me ha preservado o me ha librado del pecado, a aquel que me ha inspirado el designio de darme plenamente a El; al que amo, en fin, más que a mí mismo y a quien quiero amar hasta el postrer aliento?

A la verdad ¿qué pena ni congoja han de tener esas almas en abandonar la presente vida, tan frágil y miserable, habiendo roto ya los lazos que a ella las ataban? ¿Qué temor podrán inspirarles las consecuencias de la muerte cuando tienen la seguridad moral de que, después de ella, pertenecerán ya a Dios entera e irrevocablemente, sin que hayan de temer para nada las inconstancias de su voluntad, tan voluble y tornadiza? Mientras viven en la tierra, pueden sucumbir a las tentaciones, pecar y perder la gracia, que es lo que más temen y deploran los que de veras aman y sirven a Dios; mas este saludable temor cesará en el punto de la muerte, puesto que entonces serán confirmados en gracia y se verán en la dichosa imposibilidad de ofender más a Dios en adelante. "¡Oh Señor mío y Bien mio! exclama Santa Teresa. ¿Cómo habríamos de desear vida tan miserable? que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con la esperanza de perderla por Vos o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y, sobre todo, entender que es vuestra voluntad. Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo Santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces vivir sin Vos y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre"[1]. "¡Oh! si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin Dios, tem plaría el miedo a la muerte con el deseo de gozar de la vida eterna" [2].

El deseo de la muerte puede considerarse como una gracia especialísima; pero sólo se halla de ordinario en las almas verdaderamente sedientas de Dios, que miran la muerte, como la puerta que abrirá las mansiones eternales de la gloria. Con to-

----

1 Moradas, III, cap. I.

2 Autobiografía, cap. XXI.--

do, puede haber ilusión en estos deseos; la piedra de toque para apreciar la legitimidad de.nuestros deseos, es si apetecemos, más bien que la muerte, ver y gozar de Dios. Claro está que es cosa perfectamente legitima y buena desear verse libre de las penas y trabajos, anejos a la présente vida; suspirar para que llegue el descanso, anhelar verse desembarazado de todo cuidado y responsabilidad, y, más aún, desear con ardor hallarse en la hermosa imposibilidad de pecar; pero todos estos deseos y otros parecidos, deben ir acompañados del deseo de ver a Dios, que debe predominar y señorear a todos los demás. Aún sería mejor que este deseo de poseer a Dios fuera el único, y a tal perfección debemos aspirar. Hay que advertir, sin embargo, que el deseo de la muerte debe ir siempre acompañado de un saludable temor, que nos preserve de toda ilusión en esta parte.

Dice el Espíritu Santo que la muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor [1]. Y Santa Teresa exclama: "¡Qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados tiene hecha penitencia! No verá en sí temor, sino todo paz"[2]. "Los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas de esta vida, más suavemente deben morir [3]. "¡Oh que Dios es muy gran pagador y paga entonces muy sin tasa ni medida!"

A la verdad, como lo que la muerte tiene de aterrador, proviene en gran parte de la imaginación y del horror que naturalmente inspira, a medida que el hombre se espiritualiza y desprende de tódo lo criado, amortíguase aquel horror natural y adquiere la costumbre de mirarla como Dios quiere que la miremos. Y Dios no quiere por cierto que el pensamiento de la muerte aterre al alma que se ha entregado totalmente a El.

Por lo demas, no es por solas reflexiones naturales, ni por los motívos ordinarios de la fe, como puede llegarse a mirar la muerte con esa dulce tranquilidad. Esta seguridad es un don de Dios, que no suele conceder semejante gracia sino a aquelios que han remitido en sus manos todos sus intereses temporales y eternos, que ya no se ocupan para nada en sí mismos, y a quienes no preocupa más que una sola cosa; el cumplimiento de la

-----

1 Ps. CXV, 15.
2 Camino de Perf. cap. LXXI.
3 Autobiogr., cap. XXXVIII.

divina voluntad. Cuando estemos absolutamente desprendidos de todo lo caduco y perecedero, entonces la muerte no tendrá para nosotros nada que pueda apenarnos.

Se exhorta frecuentemente al común de los cristianos, y con muchísima razón, a pensar en la muerte, en la incertidumbre de su hora y en sus terribles e irreparables consecuencias. No cabe duda que éste es uno de los, medios mas eficaces para estimularles a vivir bien. Mas esta práctica, tan saludable para el común de los fieles, aunque también lo es para las almas interiores, con todo no suele ser el blanco de sus reflexiones y meditaciones. El espíritu de Dios las inclina a que piensen, más bien y dirijan todos sus conatos a purificar más y más sus sentidos, a privarse enteramente de sus propias comodidades y regalos, a renunciarse a sí mismas, abdicando su propio juicio y voluntad; en una palabra, a morir del todo a sí mismas, para no vivir más que en Dios y para Dios. Esta muerte mística es el blanco principal a que encaminan sus esfuerzos; para llegar a él trabajan sin cesar, ayudadas y sostenidas por la divina gracia, y cuando han alcanzado esta bienaventurada muerte, la muerte natural no es ya para ellas más que un tránsito dulcísimo de la vida temporal a la felicidad eterna. Repitamos, pues, con el Real Profeta David: *De gran precio es a los ojos del Señor, la muerte de sus santos*.

En efecto, la muerte de un Santo es una obra admirable del divino artífice, una obra maestra, en el orden sobrenatural, que brillará en el cielo con divinos resplandores de belleza eternal. Tal vez no haya dos de estas muertes preciosísimas que se parezcan enteramente, pero todas son admirables. Nos ceñiremos a enumerar algunas verdaderamente preciosas en el acatamiento de Dios.

Ocupa el primer lugar la muerte de deseo, o mejor dicho, de amor, que es la que cortó el hilo de la vida a nuestra Santísima Madre la Virgen María. Semejante fin es propio sólo de aquellas almas para quienes Dios lo es todo, y que viven exclusivamente consagradas a El. Dios no sólo posee una parte de su corazón, sino que lo posee todo entero y soberanamente. Viven hastiadas de todas las cosas de la tierra, por no hallar en ellas a Dios enteramente; nada tiene para ellas atractivo alguno, fuera de

Dios, que se complace en llenarlas de sus gracias y dones más exquisitos: mas con todo, no por esto dejan de sufrir, porque esos dones, aunque preciosisimos, no son el mismo Dios, en quien y para quien sólo desean vivir. Tales almas son prontas y activas en todo lo que pertenece al servicio divino, pero la vida se les convierte en una perpetua agonía, sin que lo puedan remediar, como acontecía a Santa Teresa de Jesús, que exclamaba:

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
¡Esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida,
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
mira que muero por verte
y vivir sin Ti no puedo."

¿Cuándo será que yo diga de veras, que muero porque no muero? Alegremente cautivas del amor divino esas almas, y enteramente absortas en Dios, arrastran las cadenas de su existencia hasta el borde de la vida, y después de un momento de plácida languidez, caen al fin en el océano de la eternidad, siendo allí recibidas en el amoroso seno de Dios nuestro Señor.

Hay otra muerte santa que consiste en exhalar el último suspiro en brazos de la humildad. Es una magnifica profesión de fe y de alabanza a su divina Majestad. Su belleza proviene en parte de que parece convenir mejor a la debilidad de la criatura. Se halla el alma en actitud de adoración, como prosternada ante la visión que en breve aparecerá ante sus ojos; no alega mérito; alguno, no se apoya en los servicios prestados; desea ardientemente todos los auxilios de la Iglesia; aspira a purificarse siempre más y más para poder presentarse purisima, todo lo más pura posible, ante la inmaculada Majestad de Dios. No confia sino en la divina misericordia. Es la muerte del hijo que muere

con los ojos fijos en el rostro de su amadísimo padre o de su carisima madre. Tal fué la muerte de muchísimos Santos.

Otra muerte preciosa es la que podríamos llamar desprendida. El desprendimiento absoluto de todo lo criado, es uno de los fenómenos de la vida espiritual más difíciles de comprender, aunque sea fácil expresarlo. Dios ama con predilección a las almas que no tienen echadas raices en la tierra, sino sólo el cielo. Para ellas la muerte apenas merece el nombre de tal, puesto que no les queda nada que sacrificar, nada que romper, ni de que desligarse: ha precedido, pues, a la muerte física, la muerte espiritual. Una vida mortifícada es sin duda el mejor camino para una muerte dichosa; y ¿qué vida más mortificada que la que supone el completo desprendimiento de todas las cosas criadas? El hombre desasido de las criaturas, más bien que morador de la tierra, viene a ser un ángel en carne humana, que vive en el cielo, por más que sus ojos no pueden contemplar todavía la visión beatífica. ¡Cuán dulce y apacible ha de ser para él la muerte y cuán magníficamente será recompensado por Dios semejante desprendimiento!

Procuremos pues despegar nuestro corazón de todo lo frágil y perecedero; soltemos una tras otra todas las ataduras que nos impiden volar hacia las cosas celestiales; acostumbrémonos a mirar la muerte como a nuestra mejor amiga; y por lo que respeta al tiempo, lugar y circunstancias que la acompañarán; dolores físicos y penas morales, abandonémonos en las manos de Dios, que sabe lo que más provechoso ha de ser para nuestra alma. Lo único que nos importa muy de veras es que la muerte sea para nosotros la puerta del cielo [1].

----

1 Su Santidad el Papa Pío X se dignó conceder una *indulgencia plenaria*, que se aplica al alma en el artículo de la muerte, al que rezare con afecto de amor, la siguiente Oración:

¡Señor Dios mío! ya desde ahora acepto de vuestra mano, con vuestra voluntad, cualquier linaje de muerte, que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores. (Rescrip. S.C. Indulg. 9 Maji 1904. Vid. Acta S. Sedis. Mayo de 1904)

XXXIII

Sobre el pensamiento de la eternidad

El pensamiento de la eternidad nos aterra, y con mucha razón porque realmente es aterrador en sumo grado. Pero si al menos supiéramos aprovecharnos de este saludable terror; si sacáramos de él para nuestra conducta las legítimas consecuencias que se desprenden del pensamiento de la eternidad, bien pronto nos familiciaríamos con él, gustaríamos de refrescar su memoria y aún nos llenaría de inefable consuelo. Porque si este pensamiento tiene su lado aterrador, tiene también su lado amable y soberanamente consolador. Así, pues, ya que este pensamiento nos es natural, ya que va tan íntimamente vinculado a la idea de la divinidad y de la religión, que es imposible separarlo de ella; ya que no podemos desprendernos de él, pues a pesar nuestro nos persigue por doquier, será de suma importancia que le dediquemos algunas consideraciones, a fin de que nos inspire un saludable temor, que, lejos de turbarnos, nos infundirá valor y aun verdadero gozo.

Por de pronto el pensamiento de la eternidad aterra y debe aterrar a aquellos que, entregados a sus placeres, quieren a todo trance satisfacerlos; porque es indudable que semejante idea importuna no puede menos de amargar sus deleites y pasatiempos mundanales. Mas lejos de rechazarla, y apartar cuidadosamente de su memoria todo aquello que pueda recordársela, lo que deberían hacer esos tales sería examinar con calma los fundamentos en que se apoya, que no pueden ser más sólidos e indestructibles; puesto que la razón, de consuno con la revelación, demuestran su verdad. Y una vez convencidos de ella, sacarían fácilmente la conclusión de que, puesto que no han sido criados para el tiempo sino para la eternidad, es el colmo de la insensatez sacrificar a objetos presentes y pasajeros su destino eterno. De esta conclusión a una conversión perfecta no habría más que un paso. Porque al fin si la eternidad es real,

¿qué consiguen con aturdirse y apartar de su memoria el recuerdo de ella? Una verdad, en la cual no se piense ni se quiera pensar, ¿dejará por esto de ser verdad? Y si de ella se siguen necesariamente terribles y gravisimas consecuencias para nosotros, ¿las evitaremos acaso con sólo cerrar obstinadamente los ojos para no verlas?

El pensamiento de la eternidad aterroriza también, y con sobrado motivo, a aquellos que sin ser del todo malos ni libertinos, viven sin embargo demasiado apegados a las cosas de la tierra y a la misma vida. Mas que reflexionen un poco acerca de esto, y pronto se habrán persuadido de que, si hay objetos eternos a cuyo goce están destinados, su corazón debe tender hacia tales objetos, y que por lo tanto toda afición inmoderada a las cosas presentes encierra un desorden. Piensen cuán irracional resulta por una parte, apasionarse tanto por aquello que se les escapa sin cesar, y que necesariamente habrán de perder algún día, y, por otra, permanecer frios e indiferentes para aquello que debe durar eternamente y en lo cual está cifrada su felicidad o desdicha eterna. La eternidad así considerada, pierde mucho de su terrible aspecto y nos lleva como de la mano a hacernos esta sencilla reflexión: "Si yo no he sido criado para las cosas caducas y perecederas de la presente vida, ¿a qué viene tomar tan vivo interés por ellas? Otra vida, que no ha de acabarse jamas, debe suceder a ésta; pues ¿por qué no he de hacer todo lo que dependa de mi para asegurarme la posesión de los bienes que Dios me promete en aquella otra vida? ¿Vale la pena de afanarse tanto en adquirir una fortuna perecedera? Debo usar, pues, de los bienes de este mundo conforme a la voluntad de Dios, sin apegar a ellos mi corazón. Todos los esfuerzos de mi inteligencia, todas las energías de mi voluntad y todas mis industrias y cuidados debo encaminarlos incesantemente a la consecución de mi eterna felicidad."

Suele también la consideración de la eternidad infundir terror y espanto a ciertas almas piadosas y timoratas, que sirven a Dios con poca generosidad, más bien inducidas del espíritu de temor que de amor; por lo cual andan siempre inquietas en lo que atañe a su salvación, y ansían tener sobre este punto seguridades que no les es dado alcanzar.

Puedo condenarme, dicen esas almas, hablando consigo mismas; puedo ser eternamente desgraciada, ignoro si estoy en gracia, y si moriré en pecado mortal. Este pensamiento les hiela la sangre en las venas, las consterna y casi las arroja en brazos del desaliento y de la desesperación. Semejante manera de considerar la eternidad no es del agrado de Dios, puesto que produce en el alma efectos contrarios a los que Él pretende y desea. Hemos de estar íntimamente persuadidos de que Dios nos ama con amor infinito y que desea nuestra salvación con mayores veras que nosotros mismos; y que por lo tanto nos concederá medios superabundantes para alcanzarla. Lo que debemos, pues, procurar de.nuestra parte, es aprovecharnos de las gracias que continuamente nos otorga, trabajar con todo empeño en el negocio de nuestra salvación; y hecho esto, reposar confiadamente en los brazos de Dios, seguros de que no dejará de concedernos lo que Él más ardientemente que nosotros mismos, desea que poseamos y gocemos. Persuádanse esas almas de que estos temores excesivos, en lo que mira a su salvación, proceden más bien del amor propio que del amor de Dios y deseo de poseerle; puesto que en el negocio de su eterna bienaventuranza no atienden tanto a la gloria de Dios, al amor que le es debido y al cumplimiento de la divina. voluntad cuanto a su propio interés y provecho. En una palabra, miran la eternidad bienaventurada más bien en cuanto termina en sí mismas que en cuanto se refiere y termina en Dios: que ha de ser el fin y centro de todas nuestras operaciones en el tiempo y en la eternidad. Procuren, pues, corregir semejante desorden, elévense un poco más sobre sí mismas, y haciendo de su parte lo que está en su mano, subordinen todo lo demás al divino beneplácito. De esta manera al espíritu de temor sucederá el espíritu de amor filial; pondrán en Dios toda su confianza y esperarán su salvación, no de sus méritos, sino de la bondad y de la misericordia divinas; servirán entonces a Dios tranquilamente y en santa paz, de donde nacerá el pensamiento de la eternidad y ya no las infundirá tanto terror y desaliento.

Pero no basta que la idea de la eternidad no nos infunda terror y desaliento, debemos procurar además que se nos vuelva dulce y consoladora: tanto que ya el alma, lejos de alejarla de sí, halle

sabroso su recuerdo y procure no perderla de vista jamás, a fin de que le comunique vigor y aliento en las tribulaciones, adversidades y trabajos de la presente vida, sea su sostén y ayuda en las tentaciones y penas interiores, y le infunda brios para trabajar incesantemente en dilatar la gloria de Dios y atender a la salvación de los prójimos. Que ¿cómo podremos conseguir todo esto? Fijando y grabando profundamente en nuestro corazón estas palabras del Apóstol San Pablo: *Los sufrimientos y penas de la presente vida no pueden compararse con aquella gloria venidera que se revelará en nosotros* [1]. *Porque las aflicciones y trabajos tan livianos y pasajeros de esta vida, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria* [2].

A la verdad, ¿qué es la presente vida sino un tiempo brevísimo de prueba durante el cual podemos merecer una felicidad eterna? Dios nos ha destinado a la eterna posesión de sí mismo, que es la fuente y centro de todos los bienes. ¡Qué destino tan magnífico y sublime para una criatura tan frágil y deleznable! Sobrepuja con infinitas creces cuanto pudiéramos apetecer, ni siquiera imaginar. ¿Cómo, pues, será posible rebajarnos a las cosas miserables y caducas de la tierra ¿Cómo será posible que nos aficionemos a ellas ni que nos dignemos siquiera mirarlas? *No he nacido para las cosas de la tierra*, decía San Estanislao de Kostka, *sino para las del cielo: no para las presentes, sino para las venideras y eternales. ¡Oh! ¡cuán bajas y despreciables aparecen a mis ojos las cosas de la tierra cuando levanto mis miradas al cielo!*, exclamaba San Ignacio de Loyola.

Con todo es indudable que Dios quiere darnos la posesión eterna de sí mismo a título de recompensa. Y ¿qué nos pide para ello? Que mientras vivamos acá abajo nos ocupemos seriamente en alcanzar la felicidad de poseerle un día para siempre; y a trueque de tan inmenso beneficio y de tán sublime destino, le adoremos, le sirvamos y amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas[3]; amando asimismo al prójimo como a nosotros mismos. Exige además Dios nuestro Señor, que si alguna vez tuviéramos la des-

----

1 Rm. 8,, 18.
2 II Cor. 4, 17.
3 Luc. 10, 27.

gracia de ofenderle, cuanto antes nos volvamos a reconciliarcon El por medio de una sincera penitencia: que no desoigamos su voz cuando nos habla en el fondo de nuestra alma, exigiéndonos el exacto cumplimiento de nuestro deber: y que, sostenidos con la esperanza de la bienaventurada eternidad, suframos con verdadera resignación, ya que no con alegría, los males y penas de la presente vida, despreciemos los falsos placeres y mentidas alegrías mundanas, demos de mano a todo lo que nos prohibe su ley santísima y usemos de aquello que nos permite sin apartarnos ni un punto de su rectísima voluntad. He aquí lo que Dios exige de nosotros.

Ahora bien; ¿puede haber pensamiento más dulce y consolador que el de la eternidad así considerada? ¿Hay algún otro más propio para elevar al alma sobre sí misma, librarla de las ilusiones del mundo engañador, hacerla invulnerable a toda clase de tentaciones y volverla animosa para superar todas las dificultades que puedan salirle al paso en el camino de la virtud? Todo lo que acá tengamos que sufrir: privaciones, mortificaciones y cruces de toda especie, aunque durase cien años, mil años, no es más que un momento en comparación de la eternidad. Aunque nuestros males fuesen mil veces mayores, deberíamos considerarlos como ligerísimos, puestos en parangón con la recompensa eterna de gloria y felicidad que nos espera.

¡Aliéntate, pues, alma mía! Todo lo que pasa no merece la pena de fijar la atención, una vez que haya pasado; no debes contar como verdadero bien, ni como verdadero mal, sino el que dura eternamente. La privación de aquel placer prohibido me libra de una pena eterna. ¡Qué castigo tan horrible podría acarrearme su goce momentaneo! La práctica de esta virtud, que me cuesta tantos esfuerzos, me alcanzará un bien sin límites y sin término. ¿Hay acaso mal alguno que no quede suavizado con este pensamiento; tentación alguna que no sea fácilmente vencida, ni acto alguno virtuoso, por mucho que repugne a nuestra sensualidad, que no se nos haga fácil? ¿A qué, pues, ese miedo a la eternidad, siendo como es el más poderoso motivo de consuelo que podemos tener, mientras andamos por el camino de la vida, y el estímulo más alentador y eficaz para bien obrar?

¿De qúé sirve esto para la eternidad?, solía preguntarse con frecuencia San Luis Gonzaga. ¿No sirve de nada para mi eterna felicidad? Pues fuera. Esta sí que es una regla de conducta segurísima y decisiva, que puede aplicarse a todas las circunstancias de la vida. Propongámonos, pues, seguirla con toda fidelidad, recordémosla todos los días, familiaricémonos con ella, y de este modo viviremos en la tierra como ciudadanos de la eternidad, y gozaremos anticipadamente de sus delicias; puesto que nos procurará una paz inalterable de conciencia, y la satisfacción íntima de que obramos en todo según la recta razón y la divina voluntad.

XXXIV

De la confianza en Dios

Entre todas las virtudes, una de las más necesarias al hombre es sin duda la confianza en Dios, supuesto que sin ella nada puede y con ella lo puede todo. Esta virtud ocupa, por decirlo así, el lugar medio entre dos extremos, que conviene evitar igualmente y en que tropiezan la mayor parte de los hombres. Los unos dan en el escollo de la presunción, los otros en el de la pusilanimidad. Los primeros se forman una idea falsa de la bondad de Dios y abusan de élla, ya sea para ofenderle, ya para relajarse en el camino de la perfección. Dios, dicen éstos, no me condenará por tan poca cosa; me concederá tiempo de hacer penitencia; no es Él tan exigente, no hila tan delgado como esto. Los segundos tienen formada una aprehensión demasiado viva de la justicia de Dios y del rigor de sus juicios; sin parar mientes apenas en su infinita bondad y misericordia. Este temor les hiela el corazón, abate su ánimo y a veces les sugiere pensamientos de desesperación. El amor propio de una parte, y por otra una idea falsa de la misericordia y justicia divina, son las dos fuentes emponzoñadas de la presunción y del desaliento. Es preciso guardar un justo medio, que consiste en poner de tal modo toda nuestra confianza en Dios, que jamás presumamos

de su bondad, ni tampoco desconfiemos ni desesperemos de ella. Sólo las almas verdaderamente consagradas a Dios saben guardar este justo medio; las otras se apartan más o menos de él, inclinándose hacia uno u otro extremo. Los hombres son de ordinario más propensos a la presunción; las mujeres al temor y al desaliento.

La confianza en Dios está fundada de una parte en el conocimiento del mismo Dios, y de la otra, en el conocimiento propio. El conocimiento de Dios nos pone ante los ojos cómo siendo Él infinitamente bueno en sí mismo no puede dejar de amar a sus criaturas ni de querer su bien; y que por lo tanto si se pierden, siempre es por culpa de ellas, sin que jamás pueda atribuirse a Dios. La fe nos enseña, en efecto, que Dios nos ha amado incomparablemente más de lo que hubiéramos podido nunca imaginar; hasta darnos a su propio hijo y entregarle por nosotros a la muerte: que nos previene con sus gracias, y que además está siempre dispuesto a recibir al pecador arrepentido y a perdonarle todas sus faltas, con tal de que se convierta sinceramente a El: y no sólo esto, sino que además no cesa de solicitarle con su gracia, aun en medio de sus extravíos, para reducirlo otra vez al buen camino. Por poco que entremos dentro de nosotros mismos y reflexionemos sobre los diversos acontecimientos de nuestra vida pasada, no podremos menos de reconocer que Dios ha usado, respecto a nosotros, de una misericordia verdaderamente infinita; a unos les ha preservado del pecado, apartando de ellos las ocasiones; a otros ha sufrido por largo tiempo, a pesar de sus frecuentes recaídas: y siendo así que hubiera podido justísimamente condenarles después del primer pecado, no lo hizo por su infinita misericordia, sino que, al contrario, les proveyó de todas las gracias necesarias para volver a su amistad y perseverar en el bien empezado. Recordemos todas las gracias personales que de Él hemos recibido, y además podemos estar bien persuadidos de que son muchas más aun las que ignoramos. ¡Cuántos motivos y cuán poderosos tenemos, pues, para colocar en Dios toda nuestra confianza!

Los motivos sacados de nosotros mismos no son menos convincentes. No podemos nada, absolutamente nada, en el

orden sobrenatural. No sólo somos flacos, sino que nuestras fuerzas son totalmente nulas. Podemos, eso si, abusar de nuestra libertad y perder la gracia, pero una vez perdida, somos del todo impotentes para recobrarla por nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas. Necesitamos para ello el socorro de la gracia, que Dios nos ofrece continuamente y que concede de una manera especial a los que acuden a Él con amorosa confianza. Si caemos en pecado, nos es imposible levantarnos si Dios no nos tiende la mano; aunque por otra parte es verdad que jamás deja de tenderla a los que invocan su protección y auxilio. Tampoco podemos contar con solas nuestras fuerzas en el cumplimiento de nuestros buenos propósitos y resoluciones, como nos lo enseña a cada paso la experiencia. En cuanto a los peligros y tentaciones que nos asedian por todas partes, mientras vamos andando por el camino de la virtud, sería insigne ceguera y locura manifiesta pensar que podemos con solas nuestras industrias y esfuerzos triunfar de todas ellas.

En una palabra, toda la obra de nuestra salvación, desde los comienzos hasta su consumación, depende principalmente de Dios. El solo tiene en sus manos los medios infalibles para conseguirla; y a pesar de nuestra suma debilidad, a pesar de nuestras miserias y de nuestra perversa inclinación al mal, la alcanzaremos infaliblemente si no perdemos jamás nuestra confianza en El, si lo esperamos todo de El y somos fieles en corresponder a las incesantes gracias que nos dispensa Es además cierto, que a la medida que crece en nosotros la humildad, crece también la confianza en Dios. Ahora bien, una confianza cuyo fundamento es la humildad no será nunca presuntuosa. Por otro lado, la confianza que tenga por base la bondad infinita de Dios, su extremado amor y su omnipotencia, no debe ser jamás tímida ni pusilánime. En efecto; ¿qué puede temer quien pone toda su confianza en Dios? *Arrojaos en sus brazos,* dice San Agustín, *que no los retirará para dejaros caer.* Ahora bien, estando en los brazos de Dios ¿qué enemigo podrá dañarnos? ¿qué tentación será bastante poderosa para derribarnos, si nosotros no queremos?

La justicia de Dios es terribilísima, dicen algunos, y hay que temerla siempre. Es mucha verdad; mas ¿para quién es terrible?

¿Lo será acaso para los hijos que adoran a Dios, que le aman y le sirven como a su padre? ¿Lo será tal vez para aquellos que están firmemente resueltos a no rehusarle nada, a no disgustarle en nada? No, por cierto; porque si esos hijos aman a Dios, Dios les ama aún más a ellos; conoce muy bien, además, que sus faltas no proceden tanto de malicia cuanto de la nativa fragilidad de su naturaleza corrompida; y por esto a la primera mirada amorosa y arrepentida que le dirigen, se las perdona; y si tiene que castigarles por ellas, lo hace en este mundo y de un modo muy ventajoso para su salvación.

¿Pero será tal vez terrible la justicia de Dios para los pecadores que se vuelven sinceramente a El? En manera alguna; antes vemos a cada paso que éstos experimentan los más tiernos efectos de su misericordia, y a menudo son acogidos con tanta bondad y cariño que casi podrían inspirar celos a los mismos justos. Buen ejemplo tenemos de ello en el hijo pródigo y en la Magdalena.

La justicia divina sólo es terrible para aquellos que se obstinan en no recurrir a su misericordia, ora sea por presunción, ora por desesperación; es terrible para aqueltos que aman el pecado y no quieren salir de él; para aquellos cuya voluntad no es recta y que al parecer desearían engañar al mismo Dios. Ahora bien, claro está que todos los pecadores, mientras permanezcan obstinados en la culpa, no tienen ni pueden tener verdadera confianza en Dios; claro está que no tienen derecho alguno a semejante confianza, puesto que ésta no puede brotar del corazón del pecador sino en el punto y hora en que él desea renunciar a sus pecados y concibe una saludable vergüenza y arrepentimiento de haber ofendido a Dios. El temor mismo de la divina justicia viene a ser, en tal caso, como el aguijón que le impele a la confianza.

Dios quiere que temamos su justicia, a fin de que evitemos el pecado, o salgamos de él cuanto antes si lo hubiéremos cometido, y procuremos expiarlo por medio de una saludable penitencia; quiere además que no nos gloriemos vanamente de haberle dada condigna satisfacción por los pecados cometidos ni presumamos con arrogancia del perdón.

Mas, al propio tiempo, nos manda que confiemos en El, que lo

esperemos todo de su misericordia, y que nos volvamos a El más bien inducidos por el amor qué por el temor; quiere, en fin, que nadie se abandone a terrores vanos e injuriosos a su divina Majestad, y que no producen en el alma otro efecto que consternarla y desalentarla sin provecho alguno. Más ¿hasta dónde deberá extenderse nuestra confianza en Dios? Hasta donde alcance su poder y su bondad infinita: es decir, que debe ser ilimitada; puesto que es inmensa nuestra debilidad y miseria, e infinita su misericordia. Asi que por grandes que hayan sido nuestras iniquidades e ingratitudes, por muchas que sean las dificultades y estorbos que nos salgan al paso en el camino de la perfección; aun que nos veamos agobiados de trabajos, tentaciones, sequedades y penas interiores, jamás hemos de consentir que penetre en nuestro corazón la desconfianza ni el desaliento. Es cierto que, atendiendo sólo a nuestra flaqueza y miseria, no podemos menos de confesar con el autor de la *Imitación de Cristo:* "Nada soy, nada puedo, nada tengo, nada valgo; sino que en todo falto y tiendo a la nada"; pero escudados y sostenidos por la divina omnipotencia, podemos y debemos confiadamente exclamar con San Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta [1]. "Es muy necesario a este nuestro flaco natural, dice Santa Teresa, tener gran confianza en Dios y no desmayar; pensemos que si nos esforzamos, no dejaremos de salir con victoria." *Hijos mios*, nos dice Jesucristó, *en el mundo tendréis que sufrir grandes tribulaciones, pero no temáis, tened confianza; que yo he vencido al mundo* [2]. Sí, le venció en su persona y le vencerá también en la nuestra. ¿Será acaso más encarnizada la guerra que el mundo nos haga, que la que hizo a los mártires y santos? ¿Y qué fortaleza tenían por sí mismos aquellos santos y mártires? La misma que nosotros, pero con todo eran fuertes con la fortaleza de Dios y nosotros podemos serlo igualmente que ellos.

Tampoco hay que temer las asechanzas del demonio por muy sutiles y engañosas que sean. El demonio nada puede contra un alma humilde y con fiada. No presumamos de nosotros mismos, esperémoslo todo de Dios, y todos los esfuerzos del infierno se-

----

1 Ad. Philip. IV, 13.
2 Jn. 16, 33.

rán impotentes para dañarnos ni derribarnos. Ande el alma confiada en el Señor, que es fiel y no permitirá que el demonio la engañe.

Finalmente no deben en manera alguna acobardarnos ni desalentarnos las tentaciones que provienen de nuestra naturaleza corrompida, porque como advierte San Juan de la Cruz, a más impureza e indecencia lleva el alma para ir a Dios, si conserva en sí el menor apetito desordenado de cosa del mundo, que si va cargada de todas las feas y molestas tentaciones y tinieblas que se pueden imaginar, con tal que su voluntad racional no las quiera admitir; antes el tal puede entonces confiadamente llegar a Dios que dice: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os recrearé* [1].

Pero es que el amor propio, dirá alguno, todo lo corrompe y emponzoña, y hay que andar continuamente recelosos de sus insidiosas maquinaciones, por muchos que sean los progresos que se hayan hecho en la virtud. Por esto precisamente debemos estar siempre en guardia contra las emboscadas del amor propio y de la propia voluntad, pero en manera alguna debemos caer en el desaliento. Crezca de día en día en nuestros corazones el amor de Dios, y a medida que éste se vaya robusteciendo, iráse debilitando y enflaqueciendo el amor propio, hasta que lleguemos a alcanzar sobre él completa victoria.

Desconfiemos enteramente de nosotros mismos y pongamos toda nuestra esperanza en el auxilio divino, con lo cual nos haremos superiores al mundo, al demonio y a nuestra naturaleza corrompida. *En la caridad no hay temor,* dice San Juan [2], *antes la perfecta caridad, arroja fuera al temor,* es decir, cualquier clase de temor, excepto el de ofender a Dios o desagradarle, rehusándole alguna cosa de cuantas El nos pida.

----

1 Mt. 11, 28.
2 I. Jn. 4, 18.

XXXV

Del amor de Dios

Es cosa extraña que haya tenido Dios necesidad de imponer al hombre el precepto de amarle, puesto que El es su primer principio, su último fin y la única fuente de su felicidad. El amor que nos tenemos a nosotros mismos ¿no es acaso motivo más que suficiente para impulsarnos al amor de Dios, siendo así verdad que en él se halla cifrado todo nuestro bien y toda nuestra felicidad temporal y eterna? "¡Oh Dios mío! exclama San Agustín, Vos me ordenáis que os ame; ¡como si no fuera para mí la mayor de las desdichas el dejar de amaros! Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Dios ha impuesto al hombre el precepto de amarle, siendo éste el primero y el mayor de todos los preceptos y al que se reducen todos los demás. He aquí las formales palabras con que Dios lo formuló en el Sinaí y fué ratificado por Jesuçristo Nuestro Señor en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas con toda tu mente* [1]. Explicaremos primero el sentido de estas palabras, e indicaremos después las señales por las cuales podremos venir en conocimiento de si lo cumplimos o no, en toda su amplitud y perfección.

Amarás al Señor, con un amor apreciativo superior a todos los demás amores, puesto que Dios excede infinitamente en bondad y perfección a todos los objetos que puedan solicitar el amor del hombre. Amarás, no por algunos instantes o a intervalos, sino siempre y en todos los momentos de tu existencia; desde el punto y hora en que haya despuntado en tu inteligencia el uso de la razón y conozcas a Dios, hasta el último suspiro de tu vida. Este amor ha de ser la disposición actual y habitual, fija y permanente de tu corazón.

Amarás con un amor proporcionado al conocimiento que Dios te comunicare de sus divinas perfecciones; con aquel amor so-

--- -------

1 Lc. 10, 27.

sobrenatural que se te infundió en el alma por medio del santo bautismo: y para ello conservarás siempre, con gran diligencia, la gracia santificante a la cual está vinculado este amor. Si no posees esta gracia, a causa de haberla perdido por el pecado, procurarás recobrarla cuanto antes, con toda diligencia, puesto que Dios la ofrece continuamente a cuantos la desean, y con ella; su santo amor.

Amarás al Señor tu Dios. Los principales motivos que deben impulsarnos al amor de Dios están contenidos en estas palabras. Aquel a quien debemos amar es Dios, o sea, el sér infínitamente perfecto e ínfinitamente amable; amable en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo; fuente de todo lo amable y perfecto que se halla esparcido en todos los séres creados. Merece, pues, el amor más puro, el más desinteresado y el más excelente de todos los amores. Y no sólo es Dios, sino tu Dios; tienes por consiguiente con El todas las relaciones de que eres capaz. El te ha sacado de la nada; ha puesto en tí todo cuanto eres y te ha dado todos los bienes de que gozas; El te los conserva y te conserva a tí mismo en cada instante. Esto por lo que mira sólo al orden de la naturaleza; en el de la gracia ha hecho por ti mucho más, inmensamente más. La revelación pone ante tus ojos y te instruye acerca de la inmensa extensión de estos beneficios; medítalos atentamente y comprenderás al punto cuánto amor y reconocimiento le debes. Y no es esto sólo, sino que todavía tiene preparados para ti otros bienes mucho mayores en el orden de la gloria; puesto que no te ha criado, ni te ha redimido, sino para hacerte eternamente dichoso con la posesión del sumo bien, de sí mismo. El amor eterno con que Dios te ha amado, ha sido el único móvil que le ha impulsado a crearte, a redimirte y destinarte a tan excelsos bienes: y en cambio de todo esto únicamente te pide que le ames como a tu Criador, a tu Salvador y a tu Remunerador. ¿Puede darse cosa más puesta en razón? ¿No sería una incalificable ingratitud rehusarle este pequeño homenaje de reconocimiento? Pero además de esto Dios es el Señor, el Soberano, el único Señor nuestro; principio, fin y centro de todo lo criado. Nada es amable sino por El y con relación a El; tú no puedes rehusarle tu homenaje sin rebelión manifiesta, ni compartirlo con algún

otro objeto, sin evidente injusticia. Su principal dominio, aquel de que se muestra más celoso, quiere ejercerlo sobre tu corazón; quiere reinar en él por el amor; no le basta que le temas, lo que El desea, lo que te manda sobre todo es que le ames. Exige de ti este amor y te conmina con la mayor de las desgracias, con una desgracia eterna e inevitable, a la cual nada podrá substraerte si no le obedeces en esto. Todos los motivos de justicia, de reconocimiento, de esperanza y de temor tienden pues a sujetarte a esta ley del amor.

Amarás, pues, al Señor tu Dios. ¿Y cómo? *Con toda tu inteligencia,* que no te ha sido concedida sino para conocerle. Lo tendrás siempre presente en tu inteligencia, por manera que estés siempre resuelto a arrojar de ella todo pensamiento que pudiera disiparte y aficionarte desordenadamente a cualquier criatura, en perjuicio del amor que le debes. Esta ley de amor te prescribe que te instruyas y te ocupes en las cosas de Dios y en todo lo que tiende a su servicio; en los deberes de tu estado, en llevar, en una palabra, una vida seria y digna de una criatura hecha únicamente para Dios.

Amarás al Señor con todo tu corazón. Tus principales afecciones serán para Dios y todos los demás afectos los referirás a El solo. Renunciarás a cualquier otro afecto, por poco que tienda a separarte de El. Dios quiere poseer enteramente todo tu corazón sin compartirlo con nadie, puesto que lo ha formado para sí solo: y no le amarías como merece, si amaras juntamente con El alguna otra cosa criada que te desviara de su amor, o no la amaras en Dios y por Dios.

Le amarás con toda tu alma; esto es, que debes estar dispuesto a sacrificarlo todo por El;tus bienes, tu honra y tu misma vida: estando aparejado y resuelto a renunciarlo todo, a sufrirlo todo y a perderlo todo antes que conculcar el precepto del amor de Dios. Para esto es necesario que el amor te eleve por encima de todos los deleites de los sentidos, de todo respeto humano, de todas las promesas y de todas las amenazas, de todas las ventajas y comodidades que el mundo pudiera ofrecerte o de que pudiera privarte. Es preciso que estés constantemente persuadido, en la práctica, de que es ganarlo todo el perderlo todo por tu Dios.

En fin, *le amarás con todas tus fuerzas*; esto es, no pondrás límite alguno a este amor, porque la medida del amor de Dios es amarle sin medida. Te aplicarás pues a acrecentarlo más y más de día en día en tu corazón; todos tus actos, todas tus intenciones tenderán a este fin, y éste debería ser ante todo, el objetivo de tus plegarias y de tus prácticas piadosas. ¡Oh! ¡Cuán noble es esta intención, cuán digno de Dios y del hombre el hacer la oración, frecuentar los sacramentos, ejercitar las obras de caridad, sufrir todas las penas de esta vida únicamente con la mira de aumentar en nosotros este santo amor! ¡Esto sí que sería amar a Dios con todas nuestras fuerzas!

Mas ¿qué indicios nos manifestarán si amamos a Dios de esta manera? Porque es muy ordinario, aun en personas muy buenas y santas, que se vean torturadas con la duda de si aman a Dios cual conviene, y acerca de esto es a veces muy dificil tranquilizarlas. Pondremos aqui algunas señales, bastante seguras; aunque no infalibles, para conocer si la caridad mora en nuestros corazones. En primer lugar, el temor de no amar bastante a Dios, esa inquietud y zozobra que asalta al alma acerca de este particular, junto con el deseo que experimenta de amarle más y más, suele ser una prueba nada equívoca de que nuestro corazón pertenece a Dios todo entero. Hay que advertir, sin embargo, que procede de amor propio todo lo que este temor e inquietud tenga de excesivo. Debemos, pues, en esto atenernos a las decisiones de un prudente confesor, y no turbar la paz de nuestro espíritu examinándonos excesivamente y con ansiedad acerca de este particular.

No debemos en manera alguna, juzgar de la realidad del amor a Dios por el sentimiento que de él experimentamos, sino por los efectos que en nosotros produce. Los consuelos y las afecciones sensibles no dependen de nosotros; Dios las da ó retira según le place. Estos consuelos sensibles, por otra parte, se prestan a engaño; pueden a veces proceder de la imaginación, de una complexión tierna o de esfuerzos indiscretos; es peligroso apegarse a ellos, y el demonio nos los procura a veces para seducirnos. En este apego a la devoción sensible no tanto busca uno a Dios y le ama, cuanto a sí mismo. Por esto, pues, debemos juzgar por los efectos, de la realidad de nuestro

amor. Si uno se muestra animoso para emprenderlo todo y sufrirlo todo por Dios; si para nada tiene en cuenta la propia consolación cuando se trata del servicio de su divina Majestad; si en nada se busca uno a sí mismo; si persevera fielmente en su santo servicio, a pesar de las tentaciones, sequedades, repugnancias y aparente abandono que experimenta; todas éstas son pruebas nada equívocas del verdadero y sólido amor de Dios. No está el amor de Dios, dice Santa Teresa, en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. El amor que tenemos a Dios no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado con obras; y no penséis que El ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad"[1].

En general no es por medio de reflexiones y muy subidas consideraciones como se adquiere y se conserva el amor, sino poniendo bien fija nuestra mirada en Dios, buscando en todo, con rectísima intención, el cumplimiento de su divina voluntad; y, descartando toda mira propia, seguir siempre con fidelidad constante los movimientos de la gracia, sin dar oidos en nada a nuestro espíritu propio.

El amor tiene su manantial en Dios: El es quien lo infunde en nuestro corazón, El solo le da incremento, conoce su naturaleza y su perfección. Dejémosle hacer pues a El, que como nos dió los principios, nos concederá su progreso, con tal de que permanezcamos constantemente unidos a El y nos dejemos guiar por su espíritu. Jesucristo dijo: *Yo he venido a poner fuego en la tierra y ¿qué he de querer sino que arda?* [2] Presentémosle nuestros corazones, a fin de que haga prender en ellos este fuego divino: una vez encendido, no se apagará jamás por sí mismo, su llama consumirá todo lo que haya de terrestre é impuro en nuestra alma y la inflamará más y más de día en día, hasta transformarla enteramente en el amor de Dios.

No quiero cerrar este capítulo sin trasladar aquí algunas señales que pone Santa Teresa para conocer cuándo el alma se

----

1 Moradas 3, cap. I.

2 Lc. 12, 49.

halla verdaderamente poseída del amor de Dios. "El natural del amor, dice, es obrar siempre de mil maneras. Un alma que ama a Dios de veras, entendiendo que una cosa es más perfección y servicio divino, con el contento que siente de contentarle, luego la hace [1]. Quien de veras ama a Dios, todo lo bueno ama, todo lo bueno quiere, todo lo bueno favorece, todo lo bueno loa; con los buenos se junta siempre y los defiende; todas las virtudes abraza, no ama sino verdades y cosas que sean dignas de amar [2]. El verdadero amor se ha de ver no en los rincones, sino en la mitad de las ocasiones; jamás está ocioso, y así el dejar de ir creciendo será harta mala señal [3]."

"Esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así, que, aunque sean grandísimos los trabajos, entendiendo contentamos a Dios, se nos hacen dulces; y de esta manera aman, los que han llegado aquí, en las persecuciones, deshonras y agravios. ¿Cómo se adquirirá este amor? Digo que determinándose un alma a obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere ocasión para ello [4].

" Dijome el Señor: ¡Ay hija? qué pocos me aman en verdad; que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme en verdad? Entender que es mentira todo lo que no es agradable a mi"

"Plegue a su Majestad nos dé a probar qué es el amor de Dios, antes que nos saque de esta vida; porque será gran cosa, a la hora de la muerte, entender que vamos a donde creemos haber amado sobre todas las cosas al Señor que nos ha de juzgar; seguros podemos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia . Y pues hablar en amor de Dios es cosa tan sabrosa, ¿qué será tenerle? ¡Oh, Señor mio, dádmelo Vos; no vaya de esta vida hasta que no quiera cosa de ella, ni sepa qué cosa es amor fuera de Vos" .

----

1 Autob. cap. XXXV.
2 Camino de Perf. cap. LXX.
3 Morad. VI, cap. IV.
4 Fundaciones, cap. V.

XXXVI

Del reposo en Dios

Venid a mi todos los
que andais trabajados
y oprimidos, que yo
os recrearé y hallaréis
el reposo para vuestras almas.

Mt. 11, 28, 29

Esta dulce invitación la dirige a todos los hombres, y nadie más que El pudo hacerla jamás. Mientras andamos peregrinando por el destierro de la presente vida, todos, quien más quien menos, tenemos que soportar, ora sean penas y aflicciones de espíritu, ora dolores y molestias del cuerpo, ora ingratitudes y murmuraciones que lastiman nuestro corazón. Y sin embargo, todos vamos suspirando por el reposo, le buscamos con la mayor ansiedad y nos fatigamos toda la vida en esta investigación sin que lleguemos a conseguir muchas veces el objeto de nuestros ardientes deseos. ¿Dónde hay que buscarlo? Cuestión interesante como la que más.

Unos, la inmensa mayoría de los mortales, buscan el reposo en el goce de las riquezas, de los placeres, de los honores mundanos. ¡Cuántos cuidados no se toman para procurárselos, para conservarlos, para acrecentarlos y multiplicarlos! Pero ¿hallan de veras en ellos el tan suspirado reposo y descanso? Indudablemente que no. ¿Cómo podrían hallar reposo en esos bienes frágiles y perecederos, incapaces de satisfacer a las pasiones mismas que los solicitan? ¿Cómo hallar saciedad en unos bienes que no guardan proporción alguna con las aspiraciones del corazón humano, al cual dejan siempre vacío, siempre devorado por una sed cada vez más ardorosa de poseerlos en mayor abundancia, y que le son disputados continuamente y pueden serle arrebatados a cada instante? ¿Qué reposo puede hallarse en cosas esencialmente movedizas y perecederas? Si el fundamento sobre el cual establecemos

nuestro descanso está en continuo movimiento, ¿puede acaso esperarse otra cosa que perpetua instabilidad e incesante agitación? La experiencia propia, la de todos los hombres y en todos los siglos, nos demuestra con meridiana claridad que todos los bienes de la tierra no pueden en manera alguna saciar las aspiraciones del humano corazón. ¿Qué hombre ha gozado de completo reposo aunque poseyera los más ricos tesoros, aunque gozara de los placeres más embriagadores y se viera encumbrado a los honores más halagueños? No está pues el reposo, en estas cosas, nadie lo ignora, y sin embargo en ellas precisamente van a buscarlo casi todos los hombres. Se desviven en procurárselas, trazan proyectos y se lanzan a toda clase de empresas, sin que jamás lleguen a conseguir un instante de verdadero descanso; y si consultan su razón, ésta les contestará que no lo conseguirán jamás. ¡Cuánta ceguedad y locura!

Otros buscan el descanso y la felicidad en sí mismos y por esto se creen más sabios que los anteriores. ¿Pero lo son efectivamente? ¿Es tal la constitución y naturaleza del hombre que pueda bastarse a sí mismo? ¿Puede acaso hallar en sí el principio de su reposo que sus ideas cambian a cada momento, su corazón está en continua agitación, imagina sin cesar nuevos sistemas de felicidad, sin que logre dar con ella en ninguna parte. Si se halla solitario, el tedio lo devora; la compañía, por selecta que sea, no tarda en aburrirle; sus reflexiones le fatigan y atormentan; el estudio y la lectura podrán distraerle y divertirle un instante, pero no llenan enteramente su corazón. Y con todo, éste es el único reposo y felicidad que puede proporcionar a sus secuaces, la humana sabiduría; mas para alcanzarla oblígales a renunciar a todo lo demás, a aislarse y concentrarse en sí mismos. Decanso engañador que no está exento, por otra parte, de las más violentas agitaciones de espíritu, y que por lo menos fatiga tanto al hombre como el tumulto de las pasiones.

¿Dónde hallar, pues, el reposo, si no podemos encontrar ni en los bienes de este mundo, ni en nosotros mismos? Lo hallaremos en Dios y sólo en Dios. Jesucristo ha venido a enseñárnoslo, siendo ésta una de las más excelentes lecciones que dió a los mortales. Mas ¡cuán pocos hay que se aprovechen de ella cual conviene!

"Hicístenos, Señor, para tí, exclama San Agustín, y nuestro corazón andará siempre inquieto hasta que descanse en Ti." Las enseñanzas de la fe, admirablemente concordes con los dictados de la razón natural y de la experiencia, demuestran bien a las claras cuánta verdad encierran estas palabras del sabio Obispo de Hipona:

Ahora bien, ¿qué se requiere de nuestra parte para alcanzar ese dulce reposo en Dios? Entregarnos totalmente en las manos de su divina Majestad y sacrificarle todas nuestras cosas. Si no le entregamos más que una parte de nuestro ser, reservándonos las demás, por insignificantes que sean; si conservamos alguna afición desordenada a las criaturas, claro está que nuestra paz y reposo no podrá ser entero y perfecto, sino que andará siempre mezclado con alguna turbación; la cual se introducirá en nuestra alma por aquellos resquicios, en los cuales no está perfectamente unida con Dios nuestro Señor. Y ésta es sin duda la causa principal porque hay tan pocos cristianos que disfruten de una paz constante, llena e inalterable. No establecen su reposo en Dios solo, no se lo confían todo, no se lo abandonan todo, siendo como es certísimo que no hay, ni puede haber verdadero y sólido reposo sino en este perfecto abandono y conformidad con el beneplácito divino.

Cuando el alma ha llegado a esta perfecta conformidad, su reposo y descanso es inmutable como el mismo Dios, en quien se funda, haciendo al alma superior a todas las cosas criadas. La paz que la proporciona es verdaderamente íntima, puesto que llega hasta los pliegues más recónditos del corazón: es un reposo completo, porque Dios llena y sacia al alma, sin que haya en ella deseo ni sentimiento que no quede satisfecho, puesto que quien posee a Dios nada tiene que desear fuera de El. Este reposo aquieta las pasiones, tranquiliza la imaginación, calma el espiritu y fija la inconstancia del corazón. Este reposo subsiste aún en medio de los mayores reveses de fortuna, de las calamidades de toda especie y de las mismas tentaciones y prue bas; porque nada de todo esto llega hasta el centro, donde el alma descansa en Dios. Los mártires sobre los ecúleos y atormentados con los más horribles suplicios; los confesores viviendo en la más extremada indigencia, en las cárceles, en el

destierro y en las persecuciones, gozaban de este reposo y se creían dichosos. Los santos lo han gustado en la soledad, entregados a los ejercicios de la más rigurosa penitencia, en medio de los trabajos más penosos y asiduos, en las calumnias, en las humillaciones, en las enfermedades y en las dolencias de toda especie. Una multitud innumerable de cristianos lo ha gustado en el cumplimiento de los más penosos deberes anejos a su estado, en las cruces y trabajos con que el Señor los ha ejercitado y en medio de las calamidades y trabajos de la presente vida. Por lo que respecta a nosotros, en nuestra mano está el gozarlo igualmente que ellos, puesto que no se perderá por parte de Dios si nosotros lo deseamos y procuramos con todas las veras de nuestro corazón. Sólo una cosa nos exige, y es que pongamos toda nuestra confianza en El, conformándonos en todo con su divina voluntad y que no busquemos nuestro reposo, y felicidad fuera de El.

La experiencia cotidiana nos da certidumbre completa acerca de este particular. Desde el momento en que uno se haya entregado a Dios de corazón y puesto en orden los negocios de su conciencia, tomando toda clase de precauciones para evitar el pecado, sin distinción de venial o mortal; desde el instante en que el alma haya resuelto firmemente estar atenta y ser fiel a las inspiraciones de la gracia, sin rehusar nada a Dios de cuanto El la exija; ora sea directamente, ora por medio de su director espiritual o superior, gozará indefectiblemente de esa paz interior, de esa serenidad de espíritu que antes jamás había experimentado, ni tenía siquiera noticia de ella. De ordinario a los principios, este reposo y paz espiritual es sumamente dulce y consoladora: el alma la saborea a su placer, la siente y goza de ella, sin que nada al parecer sea capaz de turbarla. Entonces nada la enoja y fatiga de cuanto concierne al servicio de su Divina Majestad. Las situaciones más penosas y difíciles se le vuelven agradables: los demás placeres, cualesquiera que sean, le parecen insípidos, y evita diligentemente todo lo que pueda arrebatarle tan dulce y sabrosa tranquilidad de espíritu. No hay avaro que tema tanto perder su tesoro, como teme ella todo aquello que pueda arrebatarle o alterar su paz y reposo interior. Es una especie de regalado sueño del alma, durante el cual sólo

está despierta para las cosas de Dios, y profundamente dormida, por decirlo así, para todo lo demás.

Todo esto parecerá, sin duda, pura fantasía e ilusión a aquellos que no lo hayan experimentado. Y no sólo los mundanos piensan de semejante manera, sino que tambien todos aquellos que no han gustado jamás de esta tranquilidad interior de espíritu, porque nunca se han entregado plenamente a Dios: la consideran como una quimera y extravío propio de una imaginación exaltada. En cambio los santos, que hablan de ella por experiencia propia, la consideran como un bien inestimable. San Pablo [1] pondera las delicias de esta paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento. Y Jesucristo nuestro divino Redentor, quiso dejar a sus apóstoles, como uno de sus más preciados tesoros, esta paz interior, y así les dijo[2]: *La paz os dejo, la paz mía os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.* A decir verdad no puede el mundo comunicar al alma semejante paz: es un don de Dios, el cual lo concede como recompensa de la entrega absoluta e irrevocable que le hacemos de nosotros mismos.

No hay duda que esta paz interior se ve sujeta a pruebas y tentaciones, a las veces, sumamente penosas; pero estas, lejos de quebrantarla, contribuyen a afianzarla más y más en definitiva, si el alma permanece fiel; porque todas estas pruebas y tentaciones sólo consiguen turbar y alborotar el exterior, sin llegar hasta el fondo del corazón, el cual permanece tranquilo e inalterable, a pesar de todas las borrascas. De aquí que se considere tan dichosa el alma en medio de sus padecimientos, que no cambiaría su estado, por doloroso que sea para la naturaleza, por los más deliciosos placeres que el mundo le pudiera ofrecer. Tal es la vida de cristiano perfecto que va a Dios por medio de Jesucristo, que adora a Dios en espíritu y en verdad, que lo sacrifica todo, y a sí mismo, al beneplácito divino. Nada es capaz de alterar el reposo y la paz interior de su corazón, que viene a ser como una especie de preludio de la paz y descanso eterno de que gozará en el cielo.

¡Que espantoso desatino es, por lo tanto, obstinarse en no que-

------

1 Philipp. 6, 7.
2 Jn. 14, 27.

rer probar la verdad de las promesas de Jesucristo, y atormentarse vanamente acá abajo para ser despues eternamente atormentados en el otro mundo!

XXXVII

De la vida del alma

Buscad a Dios, dice la Escritura[1], *y vuestra alma vivirá.* He aquí expresado en dos palabras el principio de los deberes del hombre y la fuente de su felicidad. La vida del alma, su verdadera vida consiste en la felicidad: preferiría no existir a ser desgraciada; y mientras no goza, al menos en esperanza, de lo que cree ha de labrar su felicidad, le es insoportable la vida Ahora bien; ¿dónde está la felicidad? ¿Dónde la hemos de buscar? La Escritura nos enseña que está en Dios y que no la hallaremos sino en Él. Según esta regla, que es infalible, fácil nos será colegir cuan efímera es la felicidad a que aspira la inmensa mayoría de los mortales y cuan alejados andan los mundanos del sendero que ha de conducirles a la verdadera y solida felicidad. Para que se entienda esto de raíz, requiérese más detenida explicación.

El cuerpo tiene una vida que le es propia, aunque la recibe del alma. De suerte que, por más que el cuerpo esté admirablemente organizado, si no se halla informado por el alma, es sólo una máquina que no puede conservarse largo tiempo en el estado de cuerpo, sino que se disuelve bien pronto en podredumbre. Solamente por su unión con el alma vive el cuerpo; y mientras dura esta unión, su vida subsiste. Más aún, el alma es la que sostiene y conserva la vida del cuerpo, dándole oportunamente el alimento y el sueño que le son necesarios, preservándole de los accidentes que le amenazan y curándole de las enfermedades, a las cuales está sujeto. Y si el cuerpo no tuviera en sí mismo principios de corrupción, cuyos disolventes efectos no

----

1 Ps. 68, 33.

puede evitar el alma a pesar de todos sus esfuerzos, ésta le comunicaría su propia inmortalidad, permaneciéndole constantemente unida.

Ahora bien, lo que es el alma para el cuerpo, lo es Dios para el alma, aunque con diferencias muy notables. Porque el alma tiene en sí un principio de vida natural, que consiste en las facultades de conocer y de amar y en el ejercicio de estas mismas facultades. Con todo, el alma no se basta a sí misma; y si se viera reducida a no conocer ni amar mas que a si misma, no podría vivir. Así es que toda la perspicacia de su entendimiento y todos los deseos de sú voluntad la arrastran fuera de sí hacia los objetos que juzga a propósito para satisfacer su avidez de conocer y de amar. El alma es, pues, dichosa cuando está plenamente satisfecha en su conocimiento y en su amor; esto es, cuando por el entendimiento y la voluntad, posee un objeto que no le deja nada que desear, ni por el lado del conocimiento, ni por el del amor. Entonces reposa en la posesión de este objeto, y si esta posesión le esta asegurada para siempre, queda también ella plenamente segura acerca de su eterna bienaventuranza. Todo esto no admite duda, y por poco que uno reflexione sobre sí mismo, no podrá menos de reconocerlo.

Mas ¿cual será ese objeto cuyo conocimiento y amor pueden hacer al alma enteramente dichosa? No son por cierto las criaturas sensibles, puesto que estas no tienen otra relación con el alma que la que ella adquiere por medio del cuerpo, al cual anima; y, por lo tanto, sólo pueden proporcionarle un conocimiento y amor subordinado al mismo cuerpo. Ahora bien, la facultad que tiene el alma de conocer y de amar le pertenecen en cuanto es substancia espiritual e independientemente de su unión con el cuerpo: de donde se sigue que esta facultad debe tener su objeto propio, sobre el cual pueda ejercitarse inmediatamente y sin dependencia alguna del cuerpo. Además, los objetos sensibles son evidentemente inferiores al hombre y fueron criados para su uso, para satisfacer las necesidades y exigencias de su cuerpo: las del alma son muy diversas, y por lo mismo no puede ésta hallar la plenitud de su conocimiento y amor en los objetos sensibles.

¿Cuál será, pues, el objeto en cuya posesión hallará el alma su

verdadera vida y cuyo goce labrará su perfecta y perpetua felicidad? ¿Acaso nuestros semejantes? Evidentemente que no: porque su alma se halla en el mismo caso que la nuestra; y así como ella no puede hallar en nosotros su felicidad, tampoco puede hallarla la nuestra en ellos. A más de que las relaciones que con ellos tenemos sólo son accidentales, puesto que ni ellos han sido creados para nosotros, ni nosotros para ellos. Todos tenemos igualmente el mismo principio de nuestra existencia; nuestras almas tienen las mismas necesidades, aspiran a la misma vida; preciso es, por lo tanto, que vayan a buscarla todas en el mismo manantial.

Ese manantial de la vida de las almas es Dios, y no puede ser otro que Él. Conocer a Dios, amar a Dios: he aquí la plenitud de la vida y de la felicidad.

Pero ¿acaso podemos conocerle y amarle cual se merece por nuestras solas fuerzas? No: porque nuestra inteligencia carece de luz suficiente y nuestra voluntad no es bastante recta para ello. Es necesario que el mismo Dios nos ilumine y dirija para que aprendamos a conocerle y amarle cual conviene. Necesitamos, pues, una luz sobrenatural que ilumine nuestra inteligencia, y una moción sobrenatural que excite nuestra voluntad. En esta luz y en esta moción consiste precisamente la gracia; la cual es para nuestra alma, lo que el alimento es para el cuerpo. Este deseo y esta necesidad de conocer y de amar a Dios, es lo que constituye por decirlo así el hambre del alma; hambre que Dios solo puede satisfacer. El Señor ofrece a todos la gracia necesaria para sustentar el alma y acrecentar su vida; pero exige para concedérnosla que se la pidamos, y nos concede por de pronto la gracia de la oración e impetración, con la cual podemos obtener todas las demás.

El alma está, pues, muerta cuando se halla separada de Dios, como el cuerpo cuando está separado del alma. Pero la muerte del alma no consiste en no existir, sino en no conocer ni amar a Dios sobrenaturalmente. Consiste en haber perdido la amistad de Dios y con ella la paz y la dicha verdadera: consiste en hallarse continuamente agitada e inquieta y en experimentar un hambre permanente de conocer la suprema Verdad y de amar al soberano Bien, sin que pueda ver satisfecha jamás esa hambre

mientras permanezca apartada de Dios. Con el fin de distraer y engañar en algún modo esa hambre de felicidad, los hombres que viven a merced de sus pasiones, arrójanse con ímpetu furioso sobre los diversos objetos que se les presentan: su inteligencia va saltando de idea en idea y su corazón de afecto en afecto; mas el hastío, el tedio, la inconstancia y continuas mudanzas que experimentan, prueban bien a las claras que no podrán hallar en parte alguna fuera de Dios, nada que les satisfaga y sacie enteramente sus aspiraciones. Su alma anda siempre errante y vagabunda en sus deseos; busca con afanosa solicitud algo que fije sus aspiraciones y calme sus ardorosas ansias; pero cuando se figura haberlo hallado, disípase al punto como el humo, viendo perpetuamente frustrados sus anhelos. Así se pasa la vida hasta que la muerte viene a arrebatarle al alma todos los objetos creados que sirvieron de pábulo a sus pasiones e ilusiones, y no le queda ya mas que Aquel objeto increado que es la suma verdad y la suma belleza, a la cual no quiso ella conocer ni amar, y que en adelante ya no lo podrá amar, por más que se verá constreñida a conocerlo para su eterna desdicha. ¡Qué vacío tan espantoso para esa alma! ¡Qué tormento tan inexplicable! ¡Qué hambre tan devoradora! ¡Qué remordimiento y desesperación, tan inmensa como irremediable!

Por el contrario, si el alma busca sinceramente a su Dios en la presente vida, le hallará, se aficionará a El y le amará sobre todas las cosas, y vivirá unida con Él por medio de la gracia. En esta unión sobrenatural hallará la verdadera vida: no una vida plenamente dichosa, sino sólo el principio de ella; gozará de una paz y reposo independiente de todas las agitaciones, de todas las tentaciones y de todos los sufrimientos; una paz íntima aun en medio del tumulto y del combate de las pasiones; una estabilidad imperturbable aun en medio de los diversos accidentes de la presente vida. Tal es la vida que Dios ha prometido al alma acá en la tierra; vida en la cual tropezará sin duda con toda suerte de cruces y tribulaciones que el Señor le enviará para aquilatar su amor y fidelidad. Lejos de temer esas cruces, el alma las desea, las abraza y las lleva con valor, porque le sirven para conocer mejor y amar más perfectamente a Dios. Le sería insoportable la vida si no tuviera algo que sufrir por aquel a

quien ama, pues creería que su amor no era del todo puro y acrisolado, por faltarle el distintivo principal de los que de veras aman a Dios. Semejante disposición de espíritu parecerá cosa increíble tal vez a los que se rigen por miras interesadas y egoístas, pero es muy real y verdadera. No cabe duda que cuanto uno ha muerto más perfectamente a sí mismo por medio de los sufrimientos y de las humillaciones, más exuberante es su vida sobrenatural, más sale de sí mismo para engolfarse y perderse en el piélago insondable de la divinidad.

Mas después de esa pérdida pasajera, que sólo durará el breve tiempo de la presente vida, volverá a hallarse a sí misma en Dios, al traspasar los umbrales de la eternidad; y será tanto más perfecto el hallazgo, cuanto más profunda haya sido su pérdida. Verá entonces cuánta verdad encierran estas palabras de la Sagrada Escritura: *El Señor es el que da la muerte y devuelve la vida, el que conduce al sepulcro y libra de él* [1]. El quiere que muramos nosotros mismos a fin de comunicarnos después su propia vida. Nos hace morir a nuestros sentidos, a nuestras pasiones, a nuestro amor propio y a nuestra propia voluntad, para que vivamos en Él y por Él. Vida de conocimiento, vida de amor, vida de gloria y de felicidad. Todo esto será común a todos los elegidos. Mas ¡cuán inmensa será la diferencia en los grados de conocimiento y de amor, de gloria y felicidad! En el conocimiento y amor de Dios puede haber infinitos grados: puede aumentar Dios indefinidamente la capacidad que tiene la criatura inteligente para conocerle y amarle, y la acrecentará de hecho en los elegidos a proporción de cómo hayan conocido y amado acá abajo con amor sobrenatural. La vida de la gloria corresponderá perfectamente a la vida de la gracia.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh vida de mi alma! Enseñadme a conoceros y amaros con todas las veras de mi corazón. Mi elección está hecha, no quiero aficionarme más que a Vos, no deseo aplicarme más que a conoceros y amaros. Pero ¡ay! que ignoro los medios y me faltan las fuerzas que para ello se requieren. Me entrego, pues, en vuestras manos para que iluminéis mi espíritu y excitéis mi voluntad. Para tener la dicha inefable de

------

1 Reg. 2, 6.

vivir en Vos, es preciso morir a mí mismo. Conozco esta gran verdad; pero Vos solo podéis hacerme pasar por esta dichosa muerte que me procure la verdadera vida. Enseñadme, Señor, a morir a mí mismo, a renunciarme en todo, mientras dura la presente vida, para hallaros a Vos y poseeros por toda la eternidad. Así sea.

XXXVIII

De la paz del alma

Gozan de suma paz los
amadores de tu Ley;
sin que hallen tropiezo alguno.

(Sal. 118, 165).

Para alcanzar esa paz abundante de que nos habla el Real profeta David, no basta observar como quiera la Ley de Dios, es preciso amarla y observarla perfectamente. Observarla por sólo el temor de incurrir en la condenación eterna si la quebrantáramos, porque nuestra salvación está vinculada a su observancia, aunque en sí sea cosa buena y recomendable, con todo más parecería que servíamos a Dios por propio interés que por el amor debido a su divina Majestad; seríamos fieles a la ley, con la fidelidad del esclavo o mercenario, no con la del hijo. Con tal observancia de los divinos preceptos, que es la más ordinaria entre los cristianos, no hay que esperar esa paz llena y abundante tan sólo prometida a aquellos que observan la ley de Dios por espíritu de amor. Este espíritu de amor, que es propio y peculiar de los hijos, les enseña a mirar a Dios como a Padre amoroso, a considerar su ley como un yugo muy suave y ligero. Procurar en todo la gloria de Dios y cumplir fielmente su santísima voluntad, es la mayor y más vehemente de sus aspiraciones; su mayor dicha y contento consiste en agradar a Dios y complacerle todo lo más posible. Esta disposición no excluye ciertamente el temor del infierno, ni el deseo del cielo;

pero eleva al alma sobre todo interés propio, y la impulsa a que sirva a Dios por motivos más perfectos.

Después que el alma, mediante un generoso esfuerzo de su voluntad, se halla bien decidida a corresponder fielmente a las inspiraciones de la gracia y a no rehusar nada a Dios de cuanto le pida: después que se ha entregado enteramente a El, para que disponga de ella y de sus cosas en el tiempo y en la eternidad; Dios derrama en ella una paz inefable, una paz dulcísima, de la cual nunca había gustado hasta entonces, una paz que llena enteramente sus deseos, inspirándola profundo desdén a todas las cosas de la tierra. Esta paz es el efecto propio de la presencia de Dios en su corazón, y mientras la conserve puede estar segura de mantenerse también en la amistad de Dios. En esta paz halla el alma todo su consuelo, su fuerza, su luz y la garantía más segura de su adelantamiento en el camino de la perfección. Cuanto más íntima, inquebrantable e inaccesible a todo lo que pueda turbarla, sea esta paz, más crecerá en perfección; de manera que el colmo de ella y el de la perfección, vienen a ser una misma cosa.

Todo el secreto consiste en saber conservar y acrecentar esta paz interior, aun en medio de todas las vicisitudes a que se halla sujeta la vida espiritual indicaremos aquí algunas reglas para conseguirlo.

La primera es que procuremos gozar de esta paz como solemos gozar de la salud, sin fijarnos en que la poseemos. Es indudable que si alguno anduviera a todas horas tanteándose el pulso para ver si estaba enfermo, no tardaría mucho tiempo en ponerse realmente malo. De igual suerte se expondría a perder la paz del alma aquel que anduviera sin cesar escudriñando su interior para cerciorarse de si posee o no la paz. Confúndese muchas veces la paz con el sentimiento de la misma, y se figura uno haberla perdido porque no la siente como de antes. Nada más lejos de la verdad. En los principios la paz interior del alma suele ir acompañada de un sentimiento delicioso que nos la hace saborear a todo nuestro placer, porque hasta entonces nunca la habíamos experimentado. Pero con el tiempo, como vamos habituándonos a ella paulatinamente, aquel sentimiento disminuye y aun a veces queda del todo extinguido, sin que por ello la paz

haya sufrido ninguna alteración real. Al contrario, se ha vuelto entonces más sólida y perfecta. A la manera que un enfermo, cuando se halla en la convalecencia, siente cómo va recobrando las fuerzas y la salud; y después, al hallarse completamente restablecido, ya no siente nada, sino que goza de ella sin sentirlo; así acontece al alma con la paz interior. No debe pues preocuparse al echar de menos el sentimiento de la paz, del mismo modo que no echa de menos el sentimiento de que va recobrando la salud, el que ha salido de la convalecencia y goza ya de la plenitud de la vida.

Lo segundo que debe procurarse para conservar la paz interior del alma, es hacer todas las cosas con suma rectitud y sencillez, sin reflexionar demasiado acerca de ellas ni al hacerlas ni después de hechas. Toda investigación excesiva e inquieta acerca de la vida pasada tiende a turbar la paz del alma. Estemos persuadidos de que mientras la conciencia no nos reprenda, es inútil y contraproducente molestarla y torturarla con preguntas y quisquillosidades. Eso sí debemos estar siempre atentos a su voz, y cuando nos hable, seguir fielmente sus dictámenes. Pero si ella guarda silencio, para qué preguntarla sin cesar: —¿Hice bien o mal en aquello? ¿Tuve buena o mala intención?—Todo esto no sirve más que para torturar el espíritu y sumirlo en dudas y perplejidades.

Tercera regla: Todo pensamiento o temor vago y general, sin objeto fijo ni determinado, es parto de la imaginación o sugerido por el demonio. Teme uno, por ejemplo, no haberlo dicho todo al confesor, haberse explicado mal, no haber tenido verdadera contrición, haberse acercado a la sagrada mesa sin las disposiciones necesarias para comulgar; y lo mismo se diga de otros temores y miedos vagos e indeterminados que fatigan y atormentan no pocas veces a las almas timoratas. Entiendan que nada de todo esto viéne de Dios. Cuando el Señor tiene que echarnos en cara alguna cosa, no se anda con vaguedades sino que versan sus reproches sobre algo preciso y determinado. Conviene, pues, despreciar esta clase de temores y pasar decididamente por encima de ellos.

Cuarta regla: Dios no turba jamás la paz interior de un alma que con toda sinceridad le busca. La amonesta, tal vez la

reprenda con severidad, pero nunca la turba con miedos infundados. Si el alma ha cometido alguna falta, la reconoce humildemente, se arrepiente de ella y la repara; pero todo ello, con paz y tranquilidad de espíritu: si se agita y desasosiega, esa turbación proviene o del demonio o del amor propio, y así debe hacer cuanto esté en su mano para desecharla.

Quinta regla: No hay que cambiar nada absolutamente en la conducta ordinaria mientras dura la turbación. Así es que la comunión, la oración, las lecturas y los demás ejercicios deben seguir su curso ordinario. De este modo recobrará la paz infaliblemente y el demonio no habrá conseguido nada de lo que pretendía.

En fin, la regla más acertada y práctica será siempre seguir en todo la dirección de la obediencia, sin apartarse en nada de la voluntad de su director espiritual, claramente conocida.

En conclusión, si queremos de veras alcanzar y fomentar en nuestra alma la paz interior, es preciso seguir con toda fidelidad las inspiraciones de la gracia, no rehusar a Dios nada de cuanto nos pida, atenerse fielmente a los consejos de un prudente y sabio director, y cerrar los oidos a las sugestiones del amor propio y de la imaginación.

No debemos tampoco turbarnos jamás, ni perder la paz por las faltas en que a cada paso caemos, por efecto de nuestra fragilidad. Humillémonos en la presencia de Dios, arrepintámonos de ellas y reparémoslas en la medida de nuestras fuerzas, pero guardémonos muy bien de turbarnos y desalentarnos por ellas. Semejante inquietud y desaliento proceden del amor propio; querríamos vernos pulcros y hermosos y nos vemos desaseados y feos, lo cual subleva nuestro orgullo. Así que es manifiesta sugestión del amor propio andar siempre inquieto, so pretexto de que somos siempre los mismos, de que no hacemos progreso alguno en el camino de la perfección, ni nos corregimos de nuestros defectos. Nos engañaríamos miserablemente si tomáramos esos sentimientos como pruebas de humildad. El alma verdaderamente humilde no se turba por sus defectos y caídas, sino que trabaja con tesón en corregirse de ellas con calma y serenidad de espíritu.

XXXIX
Verdades fundamentales referentes a la vida interior

PRIMERA VERDAD

Dios ha concedido al hombre la libertad para que la consagre al divino servicio: el mejor uso que puede hacer de ella es ponerla en las manos de Dios, renunciar a gobernarse por sí mismo a fin de que el Señor disponga de todas las cosas, según su beneplácito; puesto que todo lo que nos sucede por disposición de su providencia se encamina a nuestra salvación eterna. San Pablo lo ha dicho: *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* [1]. Si pretendiéramos guiarnos a nosotros mismos en la vida espiritual, primeramente sería muy de temer que nos extraviáramos; y además seríamos responsables de las tristes consecuencias que de ahi podrían seguirse y que tal vez fueran después irremediables. Si al contrario, nos dejamos gobernar por Dios y por los que tienen sus veces y autoridad, no corremos peligro de errar, antes estamos seguros de andar por el buen camino y que no nos sucederá nada que no sea para nuestro ma yor bien; porque Dios nos ama más que nosotros mismos y además és infinitamente más sabio y más previsor que nosotros: por lo tanto si le dejamos a El todo el cuidado de dirigirnos y nos ponemos en sus manos, es absolutamente imposible que nada ni nadie impida la realización de sus designios sobre nosotros, llenos de bondad y misericordia. Esta primera verdad es de toda evidencia y nadie que tenga juicio podrá ponerla en duda.

----

1 Rm. 8, 28.

SEGUNDA VERDAD

La segunda verdad no es menos cierta y comprobada por experiencia, a saber: que la fuente de la paz en el hombre está en la entrega que él hace de sí mismo a Dios. Cuando esa entrega de sí mismo en las manos de Dios es entera, absotuta, generosa e irrevocable, la paz interior que nos trae consigo es verdaderamente inalterable y se va acrecentando y confirmando más y más de día en día, aun por los mismos sucesos al parecer más a propósito para alterarla. La verdadera felicidad de la presente vida; la única que podemos procurarnos mediante el buen uso de nuestra libertad, consiste en la paz del corazón. *No hay paz para los impíos*, dice Dios en la Escritura[1] . La que gozan las personas devotas, que no están plenamente entregadas al servicio de Dios, es muy endeble y vacilante; vese a menudo turbada, ora por escrúpulos de la conciencia, ora por los juicios erróneos que se forman acerca de Dios, ora en fin por los diversos accidentes a que está sujeta la vida espiritual. ¿Qué deberemos hacer pues para conseguir que eche hondas raíces en nuestra alma esa paz íntima, sólida e inalterable? Ponernos en las manos de Dios para que disponga de nosotros mismos, y de todas nuestras cosas, según su divino beneplácito, conformándonos enteramente con lo que el Señor disponga, ya sea próspero ya adverso. Haciéndolo así seremos en cierto modo participantes de la paz y reposo inalteráble de Dios: porque es cosa sabida que el alma participa de la naturaleza de los objetos a los cuales se junta, y por lo tanto si se junta a cosas que se hallan en continuo movimiento, experimenta la misma agitación que ellas, pero si se une íntimamente con Dios, que es inmutable, participa en cierto modo de su inmutabilidad, sin que nada ni nadie sea capaz de quebrantarla, ni alterarla en lo más mínimo, mientras no se aparte de El.

----

1 Isaí, 58, 21